

solamente la religion puede hacer que las soporte-
mos dignamente. Busca en ella luces y socorros
que solo ella puede darnos. ¡Cuán dulce es para
mi morir en su seno, si Dios quiere que muera!
Ella no me deja sentir sobre la tierra mas que á tí,
á nuestro respetable padre y á mi hijo. Pero qué
consuelo llevaré á la tumba, si puedo pensar que
dejo á esta tierna prenda de nuestro amor, un pa-
dre instruido por sus desgracias y guiado por la
religion? Vive, querida esposa, exclamé derramando
lágrimas; vive para hacérmela seguir, para hacérme-
la amar, para que yo acabe de conocerla y de adorarla.
„Mi vida ya no es mia, me respondió; es de quien me
la ha dado; yo se la vuelvo luego que guste reci-
birla: ¡dichosísima yo si el sacrificio que hago de
ella, unido al de mi Redentor, puede expiar nues-
tras faltas y volvémosle propicio á los dos!... Yo
me apoyo, añadió despues de algunos momentos de
silencio, en sus misericordias; mui mas que en la
inocencia de mi vida y en la pureza de mis inten-
ciones. Siempre te he amado, querido esposo; ¿pero
he amado bien á mi Dios, tanto como debía? Lo
he deseado al ménos con todo mi corazon, y de
todo mi corazon quiero morir en su amor.... ¡Cómo
pierde la muerte su amargura para una alma cris-
tiana! Ella nos quita mucho ménos de lo que nos
dá, y en esta separacion con que nos amenaza, ó
amigo mio, soy ménos digna de lastima que tú....
Tú eres, amado Valmont, quien ahora debes ar-
marte de fuerza para sostener el peso de la vida,
y para satisfacer las obligaciones que has contraido:
tú debes vivir para consolar á tu padre, para for-
mar en la religion y en la virtud al niño que el
cielo te ha dado, y para edificar con tu conversion
á tus verdaderos amigos afligidos por tus errores.
¿Me lo prometes? ¡O mi vida! ¡mi todo! le dije
poniéndome de rodillas, pide á tu Dios que vivas
todavía para terminar su triunfo sobre mi espíritu
y sobre mi corazon: él te escuchará; y yo viviendo
para tí, comenzaré á vivir para él. Mis errores
ya no están ligados á nada; mil cosas los comba-

ten y los destruyen. Te prometo cuanto quieras;
porque ya no arriesgo nada prometiéndotelo.—,Le-
vántate.... Ya no temo pues morir. ¡Oh Dios mio
cámplase tu voluntad, y que tu santo nombre sea
bendito.—Emilia, te lo ruego encarecidamente, pí-
dele que vivas.—,Sí, se lo pido, si es para su gloria
y para nuestra salvacion.—Emilia mia, ¿me per-
donas?—,¡Ah! ¿qué si te perdono, yo que te amo con
tal ternura! Ven, mi corazon siempre ha excusado
las flaquezas del tuyo; solo he necesitado perdonar
á Lausane. ¡Ah! separo cuanto puedo sus vicios de
su persona: todavía lo estimo apesar de los males
que nos ha causado. Pero dime, ¿qué sucedió con
él?... ¿Te turbas, Valmont, no respondes?—Mi tier-
na amiga, tranquilízate; pronto contestaré á tu pre-
gunta, y admirarás mas que nunca los secretos de
un Dios que vigila sobre nosotros. Lausane te ha
justificado plenamente á mis ojos, si es que lo has
necesitado.—,Quiera el cielo tener misericordia de
él!... Querido Valmont, permíteme recoger para
la accion que medito; mañana recibiré los ultimos
sacramentos. No te inquietes, mi buen amigo; son
al mismo tiempo el consuelo mas dulce y el re-
medio mas eficaz en el estado en que me hallo.”

Yo respeté apesar mio la ley, que su piedad le
imponia, y me retiré gimiendo. Algunas horas des-
pues me anunciaron á Mr. de Veymur [a]. Su arribo
era inquieto y embarazoso. Huid, me dijo luego
que pudo hablarme sin testigos. En el momento
mismo de la muerte de Lausane, uno de sus cria-
dos de camara, que os acompañó al parque de
Vincennes, ha referido claramente las circunstan-
cias de vuestro lance.... La familia del Baron, que
pierde todas sus esperanzas, está desolada y echa
contra vos las mas terribles amenazas. El públi-
co lo sabe, y el Rey mismo no tardará en saberlo.
Huid, escondeos de las persecuciones que son tan
de temerse en estos primeros momentos. Conser-
vaos para Emilia, y venid á casa de las Señoritas

[a] El hermano del Conde de Veymur.

de Veymur que se hallan aquí bajo nombre supuesto: adrede han escogido un alojamiento cómodo y retirado, y no se quieren presentar á vuestra esposa, sino despues de haberos puesto á cubierto de todo riesgo. La noche favorece felizmente vuestro retiro; seguidme: nosotros nos encargamos de tranquilizar á Emilia.

Lo seguí con tanto mas empeño, quanto que yo ardía en deseo de ver á su cuñada y á su esposa, y de manifestarles mi vivo reconocimiento por tanto celo y fatigas. La entrevista fué tan tierna, como podia serlo sin embargo de todos mis perjuicios. Los motivos que me propusieron para hacerme aceptar el asilo que me ofrecian, eran demasiado poderosos para determinarme. Allí me quedé mientras que ellas corrieron á encargarse de mi querida y tierna amiga, y á disimular á sus ojos mi ausencia con pretextos propios para calmarla.

Lo que habia mas difícil de ordenar era la ceremonia de por la mañana. No querian que la Condesa pensara que yo tenia negocios serios y que corría peligros bastante grandes para no poder asistir, como ella lo deseaba ardentemente, á la grande acción que meditaba. Se le dijo que la decencia misma no permitia que yo me mostrara en momentos tan críticos, que un espectáculo como aquel no podia ménos que hacer en mí la impresion mas viva, y que al ménos para esconder el efecto á sus propios ojos, era conveniente que yo me retirase al guarda ropa que estaba al pie de su lecho, donde con la puerta solo entreabierta podia ver y escuchar sin ser visto. Esta precaucion no le pareció extraña. Al llegar la tarde de este dia tan precioso para ella, yo volví con la cara tapada con una capa, y acompañado de Mr. de Veymur, entré sin ruido por la puerta del jardin. Subimos á la recámara de Emilia por una escalera oculta. La ví un momento despues que hicieron retirar á todos los que la rodeaban. Estaba mucho mas grave que el dia anterior: ella creyó decirme un eterno adios; me lo dijo con ternura, con valor. Yo la interrumpí

con mis sollozos, la bañaba con mis lágrimas, no manifestaba mas que mi dolor y mi flaqueza. Ella me reanimó; me dió fuerzas con el heroismo de sus afectos y de su piedad, me recomendó de nuevo los intereses de mi alma y los de mi hijo. La estreché por otra vez entre mis brazos, y me metí al gabinete que se me habia destinado.

No tardaron en reunirse. Llegó por fin el momento que yo mas temia, y que mas vivamente deseaba Emilia: ella vió entrar á su Salvador y á su Dios. ¡Qué espectáculo de religion! ¡De qué afectos han penetrado mi corazon! Se hizo á mi esposa una exhortacion corta y patética sobre el amor de Dios á ella, sobre los favores de que la habia colmado desde el momento de su nacimiento hasta sus últimos instantes; la obligaron á corresponder á tanto amor y á tan grandes beneficios, con el reconocimiento mas vivo, con la resignacion mas completa y con el mas perfecto desprendimiento. „Si, Señor, dijo ella con firmeza al ministro que la exhortaba, bendigo su ternura y le doy las mas vivas acciones de gracias por los testimonios que no ha dejado de darme de ella. Muero para todo, pues que lo manda, con el único deseo de ser enteramente suya. ¡O Dios mio! recibid la ofrenda de cuanto sabeis que tengo de mas caro, y dignaos consagrároslo únicamente. Sed mi fuerza y mi sosten, como espero que vais á ser para mi una prenda de inmortalidad.” Se le dió la extremauncion por todos los sentidos, y entró en el mas profundo recogimiento. Le presentaron el crucifijo, y le dirigió la mas tierna mirada. „Ved aquí, dijo, arrimándolo amorosamente á sus labios, ved aquí la imagen sagrada de aquel á quien debo mi salud, de aquel que me ha sostenido en todas las aflicciones, y que ha sido mi única esperanza en todos los dias de mi vida.” Le hicieron muchas preguntas á las que respondió de un modo tan penetrante, que todos los asistentes vertian lágrimas. Se le presentó á su Dios, lo adoró, lo recibió y pareció colmada de alegría y llena de los

consuelos mas dulces. Ahora es, dijo, cuando os ruego, Señor, que recibais mi alma, y que yo muera en paz.

Durante esta escena tan tierna, lo que mas me conmovió, fué la serenidad que brillaba en su semblante. Ninguna alteracion se echaba de ver en sus facciones; un fuego puro y celestial brillaba en sus ojos; un suave colorido animaba su rostro, y aumentaba mas el hechizo de sus facciones: su voz dulce y persuasiva, pero firme y constante, infundia en el corazón una unción secreta y un algo de divino; la dignidad y las gracias acompañaban á sus menores gestos: todo en ella respiraba la grandeza de alma y el verdadero valor, que inspiran el testimonio de una buena conciencia y la sólida devoción. Segun el brillo con que lucia, la hubiera uno tomado ménos por un débil mortal, que por un ángel bajado entre nosotros bajo una forma humana; ménos parecia sujetarse á la muerte, que triunfar de ella. ¡A padre mio! ¡qué preciosa es la muerte del justo! ¡y cuán dulce es tambien morir en el Señor! ¡Ojalá que no se sirva presentarnos en Emilia esta imágen, sin realizarla! ¡Ojalá que me sea devuelta, para que me enseñe á vivir como ella!

Después de lo que acababa de pasar á mis ojos, y que apesar del valor que este ejemplo me inspiraba, me habia conmovido al grado de estar mil veces en punto de prorrumpir, solo pensé ya en ocultarme y me fuí por la misma senda por donde habia venido. La impresion que me quedaba, no me dejaba manifestarme de nuevo á Emilia, ni turbar el gozo tan dulce que infundia en ella el acto que acababa de practicar.

En la mañana os escribí esta escena tan interesante para ella y para mí, es decir, mas tarde de lo que habia pensado; y casi recibiréis mi última carta al mismo tiempo que esta. Mi esposa está mucho mejor, aunque no fuera de peligro. Para impedir que se inquiete mui vivamente por no verme ya, solamente le han dicho que habia tenido al-

gunos dias ha un encuentro con el Baron; que este habia sido herido; que como se difundia el rumor de que yo era el autor de su herida, se habia creido mas prudente tenerme oculto en casa de las Señoritas de Veymur; y que por esto mismo, cuando ella se habia administrado, se le habia presentado un pretexto, para no manifestarme á sus ojos sino del modo mas secreto.

Lo que hay de verdad en esto es, que las consecuencias de este negocio me inquietan demasiado. El Rey, informado de la muerte de Lausane, me amenaza, dicen, con los mas terribles efectos de su colera. Acabo de saber sin embargo que la familia del Baron, para no arresgarse á que sobre ella misma recaiga la tacha del duelo y las consecuencias que debería tener segun las leyes, hacia entender al príncipe que este lance habia sido un pleito. Pero al mismo tiempo ella me pinta á sus ojos con los colores mas negros y pone todo en obra para perderme. Si alguna cosa puede sostenerme y consolarme en medio de la horrorosa perspectiva que se me ofrece, solo puede ser la religion á que me llamas, y que la misma Emilia me predica tan enérgicamente con sus ejemplos. Ya veis, padre mio, las disposiciones en que me hallo. Consumad vuestra obra; y pintándome la santidad del cristianismo, acabad de vencer mi espíritu para que lo crea y mi corazón para que lo ame.

NOTAS.

PÁG. 52.

(1) Los mas valientes de nuestros corifeos han hecho otro tanto. Han hecho mas: han hecho traer reliquias de toda especie y ponerlas en su cama; han mandado que se tocara su ropa blanca á la urna de Santa Genoveva; se han contentado de verse rodeados de aquellos monges á quienes antes habian desterrado y despreciado; han querido morir en los brazos de un capuchino; así es como murió uno de mis amigos, que habia logrado nombradía entre los literatos, por sus

talentos, y, como se usa hoy, por su incredulidad. Así es como al menor mal se disponen para morir los mas determinados de nuestros incrédulos. ¡Oh! ¡qué interesantes anécdotas pudiera yo citar sobre esto si no fueran tan ridículas!

PÁG. 54.

[2] *Todo lo arriesgo; no importa.* He visto, dice el Abate Choisy, sí, he visto morir à un hombre con estos horribles pensamientos: „Confieso, decía, que no se lo que sucederá; jamás he dudado, y dudo ahora; estoy en errores que jamás he previsto. Pero pedid perdon á Dios, le decian; acaso todavía es tiempo para vos. No, contestaba, no, no me perdonará, hace treinta años que lo desprecio.” (Pensamientos cristianos, por el Abate Choisy uno de los cuarenta de la academia francesa).

Se ha visto un acontecimiento todavía mas extraño, y cuyos testigos existen. Un hombre, que toda su vida habia hecho profesion de no creer nada, y que en artículo de muerte, acababa de rehusar todos los socorros de la religion, rodeado de su familia llorando, preguntó en alta voz, ¿qué hora es?—Las diez, le dijeron. Una hora despues, hizo la misma pregunta; á la hora siguiente la repitió, y le respondieron: es media noche.—Pues he aquí, exclamó con una vos que enfrió de terror à todos los asistentes, he aquí la hora y momento en que vá á empezar mi desgraciada eternidad! Al acabar estas palabras, se volteó y espiró. . . .

PÁG. 55.

[3] *Sus criados no pudieron verlo sin apartar la vista y sin estremecerse.* Mr. de. . . no pudo soportar en otro tiempo un espectáculo semejante en uno de sus amigos, á quien habia pervertido la lectura de sus escritos. Llegó al momento en que este amigo acababa de espirar. „Miserable, le dijo el antiguo cura de S. S., recorriendo las cortinas que se habian corrido sobre este desgraciado, ven á contemplar tu obra, mira el estado en que ha muerto.” Mr. de. . . herido, consternado, se puso de rodillas, hizo una especie de retractacion, y mui pronto despues olvidó su terror y su arrepentimiento.

CARTA QUINCAGESIMA.

EL MARQUEZ Á SU HIJO.

¿Qué te diré, amado hijo mio? ¿y qué respon-

deré á los tristes pormenores que tu carta contiene? La muerte de Lausane, el estado de Emilia, tu fortuna derribada, amenazada quizas tu vida por una familia acreditada, que solo respira venganza, tu conciencia devorada de remordimientos; ¡qué frutos de un año de delirio, de un momento de furor! ¿Y qué remedio para tanto mal? El mismo que los hubiera evitado, Valmont. . . . La religion. Lausane, al hacértela perder, ¿habia previsto lo que algun dia le habia de costar á él mismo? Yo admiro como, teniendo igual ó mas talento que él, pero ménos experiencia y conocimiento de los hombres, te dejabas llevar de ceguedad en ceguedad al capricho de aquel falso amigo. ¡Ah! La sencillez de una alma recta, es todavía mas fácilmente el juguete de picardias y de traiciones, que no sabe ni aun sospechar; tu corazon felizmente no estaba todavía depravado, en vez de que Lausane se habia vuelto malvado por gusto, por hábito y por reflexion. Así, ¡qué discernimiento, hijo mio, se ha dignado hacer el justo juez entre los dos! Lausane, herido por la mano misma de quien habia seducido, muere rabioso y desesperado: tú vives, querido Valmont, para aprovecharte de su muerte en la virtud y el arrepentimiento. ¡Justicia, misericordia de mi Dios, yo os adoro hasta en los males que nos habeis enviado!

¡Ó hijo mio! déjame olvidar al Baron y su espectáculo de horror, para pensar solo en tí y en Emilia. ¡Emilia! ¡qué lecciones nos has dado! qué atractivos retratas de la religion y de la virtud! ¡y cuanto mas penetrante y persuasivo es el cuadro del justo en lucha con la muerte, que la imagen de su vida! Mientras que el impio en sus momentos últimos no tiene mas recurso que la idea de la nada, la desea y la llama sin atreverse á esperarla, se ve como suspenso entre aquella nada insegura y un porvenir terrible, si la nada no es mas que una quimera: mientras que mide con ojo mal seguro el término de su carrera, mientras que trémulo tantea el horroroso destino que lo aguarda,